

El libro de mi madre

P rocesos

DAVID GUTIÉRRES FUENTES

Con cariño para mi esposa Sandra

1

Casi en todas las culturas, en todos los periodos históricos y en todas las circunstancias sociales (claro que siempre habrá excepciones) es en la madre en quien recae la responsabilidad de la crianza de los hijos. En cada biografía individual la madre (o incluso su ausencia) es una figura real que mitificamos al paso del tiempo. El amor materno lo vamos reconstruyendo para explicarnos a nosotros mismos y nuestra manera de amar o incluso de relacionarnos con el mundo. Se trata de un proceso de excepción porque no todos lo emprenden. Cobardía e ignorancia, en estados químicamente puros o combinados, son las causas que impiden el diálogo interior con el ser que nos gestó.

En términos de la cultura popular, el amor de hijos hacia la madre es de los más dañinos que existen y una de nuestra peores aportaciones al mundo. Es sumiso, chantajista y cursi. Esta forma de amor filial que parece connatural al mexicano, la practican, incluso, algunos



Alejandro Caballero

intelectuales autonómicos “progresistas”. Muchas expresiones de vulgaridad edípica, encuentran acomodo en canciones o poemas de abnegada fidelidad como el Brindis del Bohemio, de Aguirre y Fierro, en buena parte de la filmografía nacional (Sara García fue la madre y abuela de generaciones de nacos pegados a la enagua materna), en las insufribles telenovelas y hasta en los apelativos con los que el mexicano llama a su madre. Entre los más detestables de la saga destacan los de: jefecita o cabecita blanca. El ejemplo más patológico que ha dado la literatura mexicana al estudio de la mente, lo escribió Manuel Acuña poco antes de suicidarse por una mujer casada a quien le escribió su poema Nocturno. La estrofa VII no tiene desperdicio. Cito sin diagonales, sólo para resucitar lo aterrador de la ideología matriarcal que rige a –se lo oí por vez primera al historiador Luis González– la Matria mexicana:

¡Qué hermoso hubiera sido
 vivir bajo aquel techo,
 los dos unidos siempre
 y amándonos los dos:
 tú siempre enamorada,
 yo siempre satisfecho,
 los dos una sola alma,
 los dos un solo pecho,
 y en medio de nosotros
 mi madre como un Dios!

El poema resistió el paso del tiempo y es por él que Manuel Acuña tiene calles, plazas y otras formas de homenaje postrero para inmortalizar su nombre. Así de jodida está nuestra cultura del lado del cordón umbilical. De hecho Fox es vehículo de un gobierno matriarcal que nos tiene en la olla. Y el que cite un instrumento de cocina no es gratuito. Si nuestra ideología matriarcal dominante no fuera tan limitada y miedosa, otra cosa

seríamos. Pero si los modelos son la jefecita de Manuel Acuña (equiparable a Dios) o Sara García (maestra suprema del chantaje), recicladas en un empaque celayense, hay que santiguarnos para estar a tono con la moda. Por fortuna hay mexicanas que no reproducen el esquema fatalista de la abnegación. A ellas les abrieron paso otras mujeres que sin ruido, pancartas, ni fundaciones caritativas, lucharon con honestidad por un México menos solemne y sumiso.

2

El proceso de reconstrucción autocrítica de la relación con nuestra madre, transita por caminos paralelos a la ancha vía de la cultura popular. El más común, que va en aumento por los niveles de estrés que se manejan en las grandes concentraciones urbanas y porque está de moda y otro de los síntomas de nuestra cultura sometida es el esnobismo, lo representa el psicoanálisis. Revolucionario para algunos, para mí resulta acartonado porque sólo ofrece un modelo “terapéutico” inflexible, derivado de los trabajos pioneros de Freud. Escuelas posteriores surgieron y otras van abriéndose paso, pero la esencia del modelo es reaccionaria por su inflexibilidad interpretativa y por la comodidad con la que clasifica al individuo entre una serie de formulismos, cuestionables y estáticos, ensalzados con referentes mitológicos. Un alto porcentaje de gente inteligente que recurre al psicoanálisis, deserta de él cuando se topa con el muro del método. Lo que salva a la práctica son los psicoanalistas que no se toman tan en serio a Freud y ocupan de él las prestaciones adecuadas para peculiares y muy diferentes métodos de trabajo. Por desgracia eso hace que se cuele una inmensa cantidad de charlatanes que se ostentan como “terapeutas” a pesar de estar bien loco chones. Sin embargo, el diálogo interno que elaboramos con nuestra madre, tiene por fortuna otras vías más amplias, más humanas y con más posibilidades de lograr la reconciliación amorosa, que el psicoanálisis.

Leí el libro de René escrito tras la muerte de su madre, mujer a quien conocí una ocasión en Bellas Artes y no volví a ver. Sabía de ella porque René mencionaba las fiestas que hacía en su casa. Contagiaba entusiasmo porque las describía como muy divertidas. Intuía que al final de su vida la Sra. Clemencia se reconcilió con su hijo. Esta tesis se confirma en *El libro de mi madre*.

El trabajo es virtuoso. De los pocos que conozco de René en los que se desprende de su egocentrismo. Escribió ese libro para liberarse del dolor producido por la pérdida de su madre, así como para revisar las contradicciones muy humanas que afrontó en su relación como hijo. Lo consiguió mediante un texto literario conmovedor.

Hace poco René mencionó que ya podía escribir con mucho mayor soltura. Yo creo que siempre ha escrito con soltura, pero desde su propia perspectiva. Las otredades literarias que deambulan por sus libros se enfrentan a ese singular Narciso, conocido en los bajos fondos y entre los cuadernos como el Águila Negra.

En sus cuentos y novelas de amor, la mirada del yo le ha facilitado la idealización de mujeres fantásticas. René mismo en broma suele ser sarcástico con algunos modelos reales, que permitieron el nacimiento de seres de ficción, particularmente mujeres. Pero muchos de sus personajes femeninos son exitosos porque el escritor los idealiza y logra dotarlos de magia literaria pues el sustrato para el que nacieron es el papel. La idealización no implica perfección, eso habrá también que dejarlo muy claro. Al contrario, son personajes verosímiles, inmersos en la contradicción de la vida, pero recreados bajo la perspectiva del alquimista que busca su reflejo en el agua.

Digamos que en este libro René afloja, ya no es el superhéroe de mil batallas, sino un intelectual creciendo en un ambiente difícil, pero propicio para la



Antonio Ledesma

germinación del talento literario. La austeridad económica en la que creció, se ennobleció con la presencia de artistas y libros en torno a su primera casa. Es nuevamente una biografía suya a través de un diálogo crítico y muy duro con su madre, pero amoroso y sereno y escrito con una belleza literaria singular. Algo que René no hubiera logrado hacer con un interlocutor de ortodoxa formación psicoanalítica.

Lo que salta a la vista más allá de las contradicciones que una personalidad como la madre de René podría despertar en una cultura timorata como la nuestra, es la gran libertad de convicciones con las que se abrió paso en una época difícil para el género femenino. Por supuesto que renegar del molde que la sociedad le confería a la mujer de aquellos años: 40-60, fue difícil para madre e hijos. Pero el balance que hace el escritor al final del libro es positivo: “Hay una frase de Juan José Arreola que me gusta repetir: ‘Vivió en un tiempo malo’, de un cuento llamado ‘Epitafio’. Pese a las grandes dificultades que mi madre padeció, dudo mucho que se le

pueda aplicar. Ella, efectivamente, vivió malos tiempos, pero su entereza y fuerza de carácter los hizo buenos. Pudo transformar el infortunio en cierto tipo de felicidad. Sus relaciones amorosas posiblemente no fueron las mejores, pero de ellas obtuvo dos hijos y al final pudo vivir con tranquilidad y como mejor le pareció. Ciertamente con pequeñas dificultades, pero con la certeza de que había pasado por muchos y muy buenos años que el respeto de sus ex alumnos y la presencia de su nieto coronaban.”

La disciplina férrea y la lucha por las convicciones, son la principal herencia de la madre para René en los años más difíciles de crecimiento. Con el tiempo la relación se consolidó aunque según confiesa el autor ésta atravesaba por largos períodos de alejamiento o mutua frialdad. Una de las maneras para estrechar vínculos, era las fiestas realizadas en casa de la Sra. Clemencia, envidiable personaje de características peculiares incluso en los tiempos modernos: “El alcohol le daba una mayor alegría y no la deprimía. Al contrario, su ingenio se agudizaba y cuando bebíamos juntos la noche no concluía sin que ambos hiciéramos un montón de payasadas hasta cantar tangos y bailar el jarabe tlaxcalteca. Los amigos participaban y siempre buscaban una invitación suya: su casa, no era una casa triste. En particular la última que tuvo.”

En muchas partes del libro se nos habla de una madre satisfecha por el trabajo de su hijo. René solía consultarla por teléfono cuando tenía alguna duda para la construcción de algún pasaje literario. El libro es duro porque la crítica y la autocrítica tienen que ser así, pero la dureza cuando no es artificial y si ya abandonó la fase del rencor es liberadora y puede ser expresada con penetrante sutileza. En este texto Narciso descubrió que en el espejo de agua (la contraportada del libro nos muestra el intenso parecido físico entre René y su madre) hay rostros que también buscan reflejarse. Quien tuvo el poder de la pluma fue capaz de dialogar

con su madre sin concesiones pero con mucho amor y entendiéndola en sus circunstancias. Este hermoso texto literario fue escrito casi un año después de la muerte de su madre y el reposo sirvió sin duda.

Un lector que no tenga la menor idea de quién es René Avilés Fabila, lee este libro y descubrirá a un escritor muy humano que a través de la literatura se reanima y empieza a serenarse con la vida. René, pese al gran humor que lo salva y que le gana aprecio y uno que otro enemigo de carácter serio y grave, corría el riesgo de llegar a la vejez como un individuo insatisfecho. Estos años recientes sus amigos le hemos visto hacerse más bromas autocríticas y muchas de ellas en torno a la edad. René está en proceso de madurar después de muchos años de negarse como buen rebelde a hacerlo, pero apenas acaba de pasar de la pubertad a la adolescencia con un libro que lo dignifica. René seguirá siendo rebelde porque tiene la pila puesta, pero empieza a mostrar síntomas de tránsito hacia una rebeldía sabia.

El libro de mi madre fue publicado por Miguel Ángel Porrúa, generoso editor que nos ayudó en la consolidación de esta revista. Garantizo una lectura amena, profunda y reveladora no de la biografía de René, sino de un proceso de diálogo que es posible emprender con nuestras madres sin concesiones ni chantajes. Cuando abandonamos la tranquilidad de la placenta, la soledad del mundo se nos vino encima. Para remontarla tenemos que perdonar esta suerte de pecado original del que también nuestras madres fueron víctimas. Es un proceso difícil pero debemos emprenderlo para liberarnos. El libro termina así:

“Su muerte fue el sábado a eso de las doce, con un sol esplendoroso, sin nubes en el cielo.

“Buenos días mamá.”

dgfuentes@hotmail.com

El libro de mi madre, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, 94 p. Méx. D.F. 2003. Colección: Varia Literaria Pirul.